

Zacacuautla, ¿la resistencia en el límite?

Ezequiel Maldonado

El arribo a Zacacuautla, Hidalgo, a unos 180 km. de la ciudad de México, cerca de Tulancingo, el sábado 14 de noviembre, fue abrumador: Filiberta y Benita expresan una enorme congoja, un estado de desasosiego e inquietud profunda: el maravilloso bosque que provee de frescura y murmullos, que abriga a aves y especies de la región y que es el sustento primordial de agua del pueblo está siendo arrasado. Cedros blancos, milenarias meliáceas de hasta 30 metros de altura, madera con tonos rojizos y muy aromática, son talados sin misericordia y con la complicidad del Estado y Semarnat hidalguenses. En palabras llanas: mientras que para los taladores el asunto de las meliáceas es lucrativo negocio, para las y los zacacuatlanos es sobrevivencia. ¿Cómo testimoniar el inminente desastre, la desesperación, lo que parece inevitable?

Ya esperaban a los del DF: Maritere y Conchita, reportera e investigadora social, respectivamente, Fernando, ingeniero, y yo, profesor-investigador de la Universidad; acompañados por los pobladores nos dirigimos al bosque, unos trescientos metros de la comunidad, con todo el miedo a cuestras pues los taladores no se dan respiro y es factible el encuentro. Caminamos por un sendero aún con lodo y humus que provocaron las intensas lluvias. Percibimos el frescor que despiden el monte y llegamos al espacio que ha sido sentenciado: árboles de 100, 150 y hasta 200 años que han permanecido cual guardianes de varias generaciones, colosos que aún se muestran erguidos y otros que han sido derribados. Fuimos testigos(os) del desastre: gigantes caídos, astillas y leña diseminados, tocones mostrando sus entrañas, círculos de una vida ya segada. Y luego escuchamos el ronroneo penoso de un transporte. “Corran, corran, tal vez podamos alcanzar a los taladores” Y corrimos tras las huellas de un trascabo que de seguro había ayudado al pesado camión con su carga milenaria.

“Ahí está el camión”, alguien gritó. En efecto, en un camión de tres y media toneladas yacían unos treinta hermosos cedros blancos ya convertidos en troncos: la vida transformada en muerte. Nos presentamos ante unos asombrados taladores y ese impacto inicial favoreció nuestros fines. “Soy el ingeniero Fernando N. y vengo de Semarnat. Han llegado noticias al DF sobre irregularidades en este bosque y estamos realizando una inspección. Este problema deja de ser local y se asume como federal”. Por mi parte, señalé que mi Universidad estaba muy preocupada por el deterioro ecológico y tenía encomendada una valoración de los daños al bosque. El ingeniero midió y contó los troncos y tomó nota de las circunstancias. Yo empecé a tomar fotos del lugar: del camión con los troncos, de frente y a los costados, tomas panorámicas y específicas del bosque, de los taladores en su discusión con mis acompañantes. Esto enfureció a estos individuos que levantaron la voz y empezaron a amenazar al de la cámara pues no iban a permitir más fotos. Todavía tomé a un tipo que empezó a mover el trascabo y esto los enfureció más. Ante clima por demás amenazante, Filiberta y Benita dieron por concluida la inspección y fue el momento de retirarnos.

Nos agrupamos y regresamos a la parte inicial del bosque para hacer una valoración de un milenario y querido cedro que ahora permanecía derribado no por las hachas de los antiguos leñadores, tema de cuentos y

fábulas infantiles, sino por modernas motosierras con silenciadores; sofisticada carnicería que aplaca el ruido del corte y solo se escucha el estruendo de la caída. Todo ello para que la población no acuda a defender su bosque como aconteció el pasado martes 10 de noviembre: habían percibido movimientos fuera de lo común, variados estruendos, ruido de transportes. Las mujeres se organizaron y se hicieron presentes en el escenario boscoso: unos ocho o nueve individuos, algunos con motosierras, procedían a la fría, calculada e implacable labor del derribo de los añosos cedros. ¿Qué pasó por la mente de estas mujeres entre las cuales se encontraba doña Teofila de 93 años? ¿Cuál fue el grado de impotencia, desesperación y angustia ante el aniquilamiento de su querido bosque? Filiberta, Benita, Maura, doña Teofila, se abrazaron a uno de estos cedros para impedir su aniquilamiento y ello provocó la furia y maledicencia de la canalla: “¡Pinches viejas les vamos a cortar las patas! ¡Mejor la cabeza para que se les quite!”

Las mujeres todavía recuerdan el zumbido mortal, cual abejerro gigante, de la motosierra recorriendo sus pies y sacando astillas del árbol, también el grotesco ademán del ¿individuo? al impulsar el disco dentado cerca de sus cabezas. El dramático relato de las mujeres consigna las plegarias de doña Teofila abrazada a su querido árbol: “Glorifica mi alma, Señor, y mi espíritu se llena de gozo al contemplar mi salvador; porque el Señor ha puesto su mira en esta humilde sierva...” Y después de La Magnífica rezó Los Quince minutos: “No es preciso, hija mía, saber mucho para agradarme, basta que me ames con fervor...”. Filiberta recuerda, en los momentos de mayor tensión, la presencia de un grupo de militares que provocó la huida de los taladores y la amonestación hacia ellas por no estar en sus casas. En nuestra visita, atestiguamos las huellas de la motosierra en la parte baja del árbol, cual muesca o señal macabra de lo acontecido. Hoy, miércoles 18 de noviembre, no sabemos si el árbol defendido sigue en pie.

Entre el relato y la valoración de los daños, los talamontes se acercaron en forma amenazante. Uno de ellos, cual reto, nos empezó a tomar fotos en represalia por el agravio hecho. “Ahora sí, cabrones, los tenemos en la mira, todos serán fotografiados”. Uno de ellos sujetó por la espalda a Fernando y gritó: “Queremos unas fotos del ingeniero”. Mientras Fernando trataba de sacarse al individuo, otro se acercó en grandes zancadas y tiró un golpe que Fernando logró esquivar. Maritere se acercó con su celular y uno de los taladores se lo arrebató. Con una gran autoridad, manifestó que ese celular pertenecía a su diario y fue tras el agresor. Por fortuna, uno de los sujetos se lo regresó. De nueva cuenta, prevaleció la cordura de nuestras acompañantes y caminamos hacia el sendero que conduce al pueblo.

En este lapso, vinieron a mi memoria los asesinatos, secuestros, encarcelamientos y amenazas hacia quienes han defendido sus bosques. El caso emblemático es el de la abogada Digna Ochoa que defendió a campesinos ecologistas presos en Guerrero y, con ello, pagó con su propia vida. Su deceso, el 19 de octubre de 2001, fue considerado por la Procuraduría del DF como un caso “típico de suicidio”. Hoy se sabe que tras su asesinato se encuentran caciques y militares afectados. En Zacacuautla, Francisco Gómez García padeció un destino similar en su afán de defender bosque y manantial de la población.

En Zacacuautla y ya en la calma de la casa de Filiberta, nos enteramos que los agresores pertenecen a la afamada, por sus fechorías, banda de los

negros: traficantes, violadores, ladrones y, en sus diversificados oficios, hoy como taladores. No nos fue tan mal, regresamos al DF. El problema: la población sigue en vilo y una resistencia firme de las mujeres y de sus hombres. Ellas y ellos siguen luchando por la vida frente a la fría maquinaria de la muerte. La lucha por el bosque y los recursos naturales es una lucha por nuestra vida, la de todos los mexicanos. Mientras nos alcemos de hombros, permanezcamos indiferentes y con la apatía que propicia el sistema, la vida de mujeres y hombres y la de su bosque están en el filo de la navaja, o de la motosierra.